

EL CABALLERO

DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 10 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 8.

Domingo 19 de Abril de 1868.

UN REAL.

SECCION 1.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO V.

Y así vés, novilísimo escudero, como se en- tronizaron Mários ambiciosos, y se apoderaron del mándo vengativos Syllas, y perecieron los Cicerones; y los Catilinas no meditaron más que vicios y esterminio, y acabaron con los Marco Antónios las Cleopátras. Y mas atrás los Demóstenes perdiéron la vida por el ánsia de los Alejandros grandes, segun los comunes pareceres. Para remedio de lo cuál, y de mucho más que cálo, por ser casi infinito, nació la andante inmortal caballería; y yó como ástro y ráyo de élla. Y se me dá á mí de todos esos follones y malandrines como una higa, y de todo su huéco aparato como un ardite; y si en dine- ros vá, dáseme menos que el valor de una meaja.

— Y así diciendo, blandia la lanza por los áires el Caballero, llevando al galope á Rocinante. Y alanceába los espinos, járas y mim- breras, así como si fuésen verdaderas personas, y cual si de lleno entrase en la descomunal refriéga que su imaginacion se figuraba. Mién- tras Sancho decia:

— Bien está, Señor Don Quijote, que todos esos señores séan unos pícaros, que si lo serán cuando su merced lo dice; esas Sillas y Catali- nas de cien patas; mas véa su merced que no están éllas aquí ahora, ni yó lo contradigo en modo alguno. Y, allá se lo háyan y con su pan lo cóman, que harto trabajo tienen y les cuésta y mas valiera que hicieran jáulas de grillo; y de mis viñas vengo, no sé nada; y á Dios ha-

brán dado su cuenta, y el tonto en naderías pásela el tiempo; y más calientan cuatro varas de paño de Guénca, que ótras cuatro de limiste de Segóvia; y por su mal nacieron alas á la hormiga.

— Y comenózase, en ésto, á percibir un ruido sordo, bien así como hondo rugido de terre- moto, qué haciendo retemblar toda la tierra, aumentaba cada vez mas y mas se aproximaba. Y se oyó muy al léjos el irritante sonido del silvo agudo de una locomotora, que con gran trén de Burgos á Vitoria iba volando. Y des- púes se vió una luz roja entre una nube, como de humo, que cual lá de algun cráter ambu- lante de la tierra á los cielos ascendia. Sancho quedóse atónito y confuso, y el ya loco de có- lera Don Quijote prorrumpió en estas horriso- nas palabras.

— ¡Aquí de Dulcinea y de la caballería, San- cho amigo; aquí la gran cuestión y gran bata- lla! Ves ahí yá al gran gigante Tremecencendido dominando las hirvientes óndas de la caverna antigua del Olvido, dó estuvo por el tiempo en- cadenado, que quebrando los hiérros y artificios pretende el pleno dominio del Universo. Ves, asibien, valiente y denonado escudero, la inco- mensurable longitud y robusted de su abrasado cuérpo con la cola encendida en hedihondo azúfre, con lo cuál sabes yá de su linage. Pues, fiado en su fuérza y ligereza, tan sólo compa- rable á la del ráyo, llevarse intenta ahora por troféo amarrada á su cárro victorioso á toda la inmortal caballería, con su historia y sus triunfos y heroísmo. Mas, no será, pardiéz, vi- viendo Róque; es decir, Don Quijote de la Mancha. Adiós, escudero, adiós para siémpre, que ha llegado por fin la hora tremenda.

— Y, picando en seguida á Rocinante, yá un tanto fuera de sí por la pasada algazara, encomendándose del todo á la señora Dulcinéa,



fué á arremeter con toda su cólera al trén que magestuoso iba marchando.

— ¡Señor de mi ánima! gritaba desesperado Sancho Panza: mire que ahora no és como ántes, y no háy yá encantamientos, sinó realidades; y á ese señor Tremendoencendido no háy poder que rechace ni detenga! ¡Pecador soy yó á Dios y qué gigantazo! Véa su mercéd, por su vida, que con solo un pasagonzalo de las narices de ese caballero desapareció del universo toda la caballería, tan mal como su mercéd andante!

— Y fué buena suérte, que, conociendo el maquinista, conductor del trén, la inaudita locura, ó la desesperacion de aquel hombre temerario, que á tan inevitable muerte se exponía, diése salida al vapor por las llaves de los cuérpos de bómbo, próximos á las ruédas de la máquina, con lo que comenzaron á salir dos alternados copiosisimos plumeros de vapor, uno de los cuáles fué derecho al caballo y caballero, que subian el terreplén de aquella vía, y fué muy sobrado para volcár y humedecer al uno y al otro, haciéndoles rodar la cuésta abajo.

Sancho, á todo esto, huía á mas huir por la campiña á todo galope de su espantadísimo compañero, haciendo de las piéras y manos álas, que parecia avestrúz corriendo por aquel campo. Y continuó de la misma manera, atolondrado por el ruido de la máquina, hasta posesionarse de un cotarro, en él cuál se apeó, se puso de rodillas, se santiguó diez veces, y dió verisimas é interminables gracias al Cielo por haber salido vivo de la aventura, á lá cuál declaró gigantésca entra las mayores.

Don Quijote, todo averiado y contrahecho, palpóse el róstro y la armadura, y notándose húmedo por todas pártes, se juzgó de piés á cabeza bañado en sánger; y aunque probó levantarse várias véces jamás pudo. Sáncho, reconociendo la falta que á su Señor hacia, tomando al bruto del cabestro, y comenzando á desandar lo andado, decia:

— ¡Medrados estamos! ¡Cuidado con las manías de estos tiémpos! ¡Apártese nora en tál el arrapiézo! ¡Alma de cántaro con el resuello y las narices del señor Tremendo! ¿Pues y el ruido y la priésa que lleva en su recado?

— En ésto llegó á su señor, y éste dijo:

— Cárame las heridas, Sancho el bueno, que deben de ser muchas y profundas segun que se vá la sánger á chórros por todo mi cuérpo.

— Pues no muéstra la su mercéd tener ninguna, dijo Sancho, ni se le vé gota de sánger; ántes se está su señoría mas sanote y frésco que una manzana.

— ¿Qué humedades, pues, son éstas que me rodéan, hijo mío?

— Eso nádie mejor que su mercéd puede saberlo, contestó Sancho.

— Digo, y redigo, una y mil veces, exclamó Don Quijote, que ningún miedo tuve en esta inaudita batalla; y basta mi palabra sin mas pruébas.

— No ló dige por tanto, contestó Sáncho; sinó que mil veces nos desmandamos, aun sin conocerlo; y con harta menor razon que su mercéd ahora tuvo.

— No habrás oído tál, Sáncho, de ningun andante caballero; ni en ninguna profesion que se siga por verdadera vocacion y decreto del Cielo; si tan sólo de los hombres mercenários, malamente vendidos al interese.

— Válga la verdad, Señor mío, que no ló ví nunca, ni he de vérlo jamás; que es villanía allanar y meterse en casa agena. Cada uno en lá súya y Dios con todos.

— Basta de éso, repuso Don Quijote, pues no se hizo la miél para boca de áсно; y ayúdame á levantar y á Rocinante, que parece mal trécho en el barranco.

— De miéles me libre Dios y Santa María, dijo Sancho; y la muger y la camuesa por su mal se aféitan, y libreme Dios de cuellos escalrolados, que son de muchísimo trabajo.

— ¡Sé te figurará, por ventura, continuó Don Quijote, que viste y tomaste el púlso á este suceso!

— ¿Qué és lo que su mercéd está diciendo?

— Que nada, hijo, advertiste ni notaste, por dar en tal correr desatentado. Saber háas, que el inmenso négro viénte de ese fiéro y voráz Tremecencendido, no és así como se quiéra viénte á sécas, sinó muy decorado gran palácio, de infinitos salones adornados, alumbrado por lámparas brillantes, poblado de bellisimas doncellas, que en su cautividad van contentisimas.

— ¡Poder de los encantamientos! dijo Sancho.

— ¡Así cual lo óyes és, Sancho, gran Panza! Y ése que se alimenta de fuégo sólo, y silva cual serpiénte entre las llamas, gúárda á sus criaturas devoradas toda suérte de dicha y de contento.

— Eso és, añadió Sancho, como dicen, no es tán fiéro el león como lé pintan, y no me fió nunca de lo que véo, que una cosa es por fuera y ótra por dentro.

— Y así, prosiguió el Caballero, me pareció ver allí á Dulcinéa, no rústica labradora ni aldeána, sinó réina de la belleza y fermosura.

— Cuéstame convenir en ese cuénto, dijo Sáncho.

— ¿No te azotaste al fin? brúton incrédulo.

— No es éso, contestó reportado Sáncho: lo que digo és, que no sé como fué de esa manera la señora Dulcinéa, quedándose aquí su mercéd, su vida y su esperanza.

— Diversa cosa es ésa, y ahora te entiendo, dijo Don Quijote.

— Pues ahí está el tóque, dijo Sáncho: y si entenderme quieres, véte despacio, que no está en las palabras lo que te hablo.

— Sáncho, basta de refranes, y vé de subirme ahora sobre Rocinante, que, si no són heridas, el molimiento ha sido demasiado. Y veámos donde podremos pasar la noche, que vá cerrando yá algo qué fría.

— Y practicada tan difícil operacion, ámo y criádo siguieron su camino, sin llevar ninguno, por una verde pradera, que mostraba á lo lejos un grán bósque, y una lúmbre que ardia entre los árboles.

CAPÍTULO VI.

De la bella aventura de la hermosa Esperanza, ó segun quieren decir otros, de su principio ó comienzo.

Y, en cuánto llegaron los caminantes al sitio que anhelaban, yá bien entrada la noche, notaron que la lúmbre aquella producian y alimentaban, no rúdos pedazos de háyas ni de róbles, sinó sálvias, romeros, enebros y tomillos, que la atmósfera llenaban de perfume. No lejos de la hoguera veíase una cabaña por extremo pintoresca; pues que era un poderoso y redondo sáuce, no lejano del río, que á corta distancia y elevacion del suélo abría y combaba sus robustos brillantes brazos para formar en el céntró de su copa una habitacion frésca y amena. Las mas pequeñas ramas, artificiosa y agradablemente dirigidas y trenzadas, cubrian y adornaban lás mas fuértes, y todo junto presto hacia presumir el secreto de aquel valle, que protegía y conservaba el anciano y amoroso presidente de la campiña.

— Puerto feliz es éste, Sáncho amigo, exclamó Don Quijote apeándose de Rocinante, donde tan suáves y olorosas áuras se respiran; y no puede ser menos sinó que llegamos á los divinos cámpos de la Arcádia, y el país de los cándidos amores, de las tróvas sencillas que dicen partorzuelos amorosos, enemigos del fáusto y la lisonja. Y ésto sáco y deduzco de esa séndá, que de aquí á la cabaña se dirige, matizada de tiernas florecillas; de las pisadas que los vérdes céspedes muéstran alrededor de aqueste fuégo: de ese vuélo medroso de la torcáz paloma y de su arrullo; del agradable ruido de ese río, que cercano aparece retratando la estampa de la lúna; del torrente vecino que desde el mónte al välle se derrúmba, y de las infinitas mariposas, que á la luz de la llama revolando, viénen aquí á ostentar esos colores de sus inquietas álas esmaltadas.

— Pues cuando te diéren la vaquilla tira de la soguilla, contestó Sáncho; digo, que una vez tan bien llegados á esta aventura, y dádo

que los señores duéños del palácio no están en casa, no será malo aposentarnos en sus reáles salones; puesto que los andantes caballeros tienen, entre ótros, el fuéro y privilegio de poder entrar y salir por dó quisiéren; y lo último no es poco; pues la salida es menester, que la entrada yó me la tómo; y úno es comenzár y ótro terminár; y la diligencia es mádre de la buena ventura; y la pereza jamás alcanzó término de buen deseo.....

— ¿Adónde vás, Sáncho, con toda esa corrida desastrosa, que no has de terminár en toda esta noche, segun te has emboscado?

— Pues, haríame su mercéd gran favor en apuntarme lo que decir quería, porque con la interrución háseme olvidado.

— ¿Y qué diábolos sé yó lo que pensabas, ni lo qué decir querías? gran desalmado.

— Téngase su mercéd ahora ahí, y no me sálga mas al encuéntró, que yá topé la salida, y el hilo del camino que llevaba. Y, tomando la carrera de mas atrás para decir lo que résta de corrida (como su mercéd dice), digo: que tan afortunadamente llegados á esta floresta; y puésto que los duéños del castillo, venta, palácio, ó lo que se fuére, que yó no me méto en éllo, són como la lúna, que se ván á paséo por la noche, aprovechémonos del hogar de sus amores, que ánda y córre hártó relente, y no es muy compadre, pués los amores son cómodos y regalados; sóbre que no háy amor llevadero con el mal trato, ni áun la mejor cosa de este mundo: y vése así en tódo y en tódos.

— Ahogado y en austéra peniténčia me tuviste con esa prócesion interminable, y al cábo y al fin erráste, como suéles, y habláste como nécio en este asunto; pués siémpre los placeres han menester, más que nada, la lícita medida, y no háy náusea tál como el hartazgo. Y de aquí la honestidad de todas las cosas, la sobriedad, precióso y gran secreto sólo de grandes sábios comprendido.

— Séa en buena hora, replicó Sáncho, puésto que por mucho pan núnca mal año, y yó no me sé entender sinó á mi manera.

— Entónces en la inmediata y álta sierra apareció una pequeña luz azulada y vacilante que con cautela al välle iba bajando. Yá se ocultaba en los frondosos árboles, ya iba por detrás de los espinos fondeando sus tróncos y sus rámas. Y cuando llegó yá al vecino torrente haciéndo á espacios brillar las bláncas águas y las saltantes périlas con que las aéreas ninfas se engalanan, oyóse á média voz hóndo suspiro, y tras él la canción de estos amores.

Estrellicas de la nóche,
Graciosas y blándas áuras,
Yerbecillas de estos cámpos,
Aljófares de estas águas,

Decid á mi amado dueño
Que aún vive aquí su Esperanza
Más amante que fué nunca,
Más que nunca enamorada.

— Bien fué grande, á média voz dijo Don Quijote, no habernos siquiera acercado á la hermosa lúmbre que tiene tan delicado y amoroso dueño. Vén, Sancho, y ocultémonos tras las flores de estos frondosos arbustos y felices, por si fuéase precisa mas tarde nuestra presencia; pues agora más que otra cosa la juzgara impertinente la señora Esperanza, segun ló que aparece de sus vérsos.

— Eso haré yó de mi buen grado, dijo Sancho; y así debiera obrar su mercéd siémpre, que no está bien averiguár cosas ajenas.

— Oportuno estás, Sancho, cuando vas camino adelante por tu deséo; y esta vez has de salir con ló que quíeres.

— Y la lucecilla bajó del valle al río; y en un punto por la pártre superiór del manso curso de las águas comenzó suave á bogar una barquilla, lá cuál desde la ótra parte no tardó mucho en llegar á este otro lado. Y al mismo tiémpo un bulto aparecióse en la afortunada rívera.

— Aquí los tenemos yá, dijo en voz baja Sancho.

— Redundancia y completa impertinencia, contestó del mismo modo Don Quijote.

— Y los recién llegados hablaban así.

— «¡Cárlos! ¿aún es verdad que tú me ámas?

— Yó sé para tí cantar como el áve en los instantes primeros de la mañana, entre el óro del sol y el menudo pólvó de brillante de la riénte esfera: yó sé escoger úno á úno los rayos de ese sol para componer con éellos de mis amores la auréola: yó sé convocar y reunir los génios que crían las flóres para adornar con éellos el objeto de mi cariño: yó hágo enmudecer al ruiñeñor de la vérde enramada.

— Dulce amor mío!

— Y ese livisimo aroma que en este momento mismo siéntes cerca de tu róstro, ese casi imperceptible contacto que observas como él de la vestidura de los génios ese medroso pequeño sóplo de modesta brisa vivificante, éese es, Esperanza mía, ún suspiro de mi corazón. Y ese tu tiérno quejido que inmediatamente responde como el primer arrullo de la tórtola, como el piár de la alondra en el crepúsculo de la tarde, éese es el éeco de mi amor que con el túyo ha unido para siémpre en úno dos corazones.

— No sé por qué, Cárlos, me estreméces!

— ¡Será que me olvidaste acaso! muger ingrata.

— ¡Olvidarte! ¡olvidarte! Durante tan penosa, lárga auséncia decia yó apoyada sobre el anti-

güo alfeizár de mi ventana: ¿por qué no desapareces nubecilla que al léjos siémpre ocultas la séndá de la colina? ¿por qué no escuchas, Cárlos, la voz doliente y amorosa que por tí suspira. ¡Áves que frecuentáis estas florestas! ¡suáves y propicios vientecillos de estas comarcas! ¡Dádme nuévas de mi amado y llevád en vuéstras álas con el aroma de las flóres éste inocénte recuerdo de la desventurada Esperanza!

La última luz del dia que se piérde en la elevada copa del álamo mas atrevido de la colina todas las tárdes há arrancado á mi corazón una ardiente lágrima! La oscuridad de la nóche encerraba luégo mis pensamientos dentro de mi misma, y mis quéjas se perdian en las tiniéblas.... ¡Cárlos! ¡qué tiniéblas tan horrorosas!

— ¡Horrorosas!

— Muchísimo. La soledad que me asegura, me denuncia: Sola vivo y tengo miédo. ¡Sola hace tanto tiempo!

— ¡Miren y la niña si bien lo entiénde! dijo Sancho.

— «¿Oiste rumor? ¡Cárlos! ¡Adiós! No hay soledad en el mundo para los séres que nacieron desgraciados!»

Y se perdieron en las sómbas y en la espesura del bósque los dos amantes. Y dijo Don Quijote.

— ¡Maldito séas de Diós, hablador sempiterno, y con ésta yá van tré por tu sola cáusa.

— No se enfade por éello su mercéd, contestó Sáncho, que aquí no hay que saber cosa ninguna.

— ¿Y quién te ha dado á tí la tal certeza?

— Mugeres y mónas vista úna vistas tódas dijo Sáncho, y otro tanto es decir de sus amores, que no háy adelantar un paso de gallina. Pues, ¿y qué háy mas que hacer sinó que se cásen estos palomicos, qué así dicen que acaba y concluye toda comédia, y hémos terminado, sin que véngan aquí á enfriarse y costiparse en nóche de tan húmedo relente? Y con su pan se lo coman.

— Oculto ha de haber en ésto álgo, dijo Don Quijote.

— No háy más aquí, señor de mi ánima, sinó que al principio todas son pajaricas pintadas, y luégo todo és áyes y reniegos. Y la señora Esperanza me dirá quién és ántes de un año. ¡Málo me le dé Diós, y séa él primero que viniére, si dentro dél no ándan estos tordomirlos, por no encontrarse, tanto como hoy caminan para vérsé á oscuras y buenas noches! ¡y de Dios vénga el remédio!

— ¡Tál te habrás andado, Sancho, que tál piénsas!

— Eso no háy decír de mí, contestó el escudero; que siémpre fui de parecer, que de penas y enredos lós ménos. Y de mi Teresa,

juraré que no tuve pesares; salvo el ser élla de suyo tercona, entrometida y habladora, que no hay poder meter báza en conversacion, si élla comienza. Y, afligeme háрто no saber su paradero, sinó es que la háya tenido en conserva, ó mojamada mi parentesco.

— Sonrióse Don Quijote, y Sancho continuó.

— Con qué, como digo de mi cuénto, para mí las paces y para mi enemigo los zélos, que no háy fiarse en palabras de enamorados. Y, Dios me válga (si éellos son poétas, como éste lo parece), con sus coplillas y cosechas, y otras graciosidades, que entónces no háy paciéncia ni remedio! Pues, ¡digo cuando júran y perjúran que tienen todo el corazon partido en menudas piézas, y hacen llorar á los árboles, y no córren yá las fuéntes, ni los ríos, y se pára la nóche, y al sol no viéne en gana ni gusto asomarse por las ventanas ni puértas del Oriénte; y riñen á los tiémpos, y pónen por testigos á las rócas, y dan entendimiento á las tiniéblas y llénan de mayidos los ríos, de tiros los bósques, y los mares de delfines y trotones con otras menudencias de éste mismo jaéz y condimento! Pues querria yó ahora que me digesen, por la órden de la andante caballeria (donde más largamente se contiene); ¿qué modo háy, ó manera, de libertarse de las trámas, trázas y gemidos de estos onipotentes y lastimados señores?

— ¡Sancho, Sancho! exclamó todo escandalizado Don Quijote; ¡y qué cosas dijiste en breve espácio! ¡Qué cosechas, mayidos, ni tiros, ni trotones, ni mil diablos que te lléven, habías menester para las hijas de Júpiter excelso, náyades de las fuéntes y los ríos, ni los sátiros mōnstruos que gñárdan ló secreto de los bósques, ni los del gran Neptuno descendientes, dióses marinos que las óndas sírcan en madreperlas límpidas flotantes! ¡Y nó con tal destrozo sus nómbres evocáras ni memória, tesoro de los génios de la sagrada Grécia perdurable!

— No entiendo de lindézas, dijo Sancho, que mucho viéto cáve en mucho huéco, y no háy fiarse en gálgos de buena tráza.

— En ésto presentóse un hōmbre de moreno rōstro, de nó álta estatura y gráve pásō. Cubriale la cabeza grandísimo chambérgo; llevaba chūpa párdā de jamás teñido paño, cortada como en téclas alrededor del cuérpo; y los córtes y recórtes, sóbras y fáltas y todos los perfiles estaban bordados á cadeneta con hilo negro, morado, azul y rójo. Traía cinto de cuérro, calzón ajustado háрто, únos como botines y albarcas grándes.

— No ós sorprenda ni confunda, señor Caballero, dijo entónces Don Quijote, (tomando al carretero por duéño de aquel háto, como de razon éra), la libertad que éste que vós fábla se há

procurado; ántes bien recordará la vuésa señoría el fuéro y los priuilégios de mí órden. Y ésto és, y debe ser así forzosamente; pués, no siéndo los andantes sinó de cárne y huésō, todavía hán de güarecrese y ampararse contra las inclemencias del tiémpo; ló cuál bien pruéba esta nuéstra mézcla de eséncia y fórrō, que bién podria dárme matéria sobrada para sabroso discurso, aunque le cállo.

— Déje su mercéd, dijo el carretero, tantos rodéos, y caliéntese en el háto, que és lo que importa; y mejor sería si en él pudiera encontrarse buena cena; más yá es tárde y pasada la ocasion de semejante cosa.

— ¿Luego cenásteis yá? preguntó Sáncho.

— Claro está, respondió él de las carretas.

— Diéra yó, dijo Sancho, alguna cosa por recortar y cercenar muy mucho de vuestra priésa; pues que cenar tan prōnto es mengüada costumbre de villanos.

— Bien puede remediarse éso, replicó él de la chūpa, con que su mercéd sáque y tráiga buen repuéstō; pues que la cena carretera mejor sirve para limpiár la boca y el estómago que nó para saciár entrambas cosas.

Al número siguiente.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

VIII.

Cósas de antaño.

Bájo una vaida bóveda
Del Palacio de Tudela
Que tiene un pórtico estrecho
Y á la calle varias rejas,
Al tiempo que el sol señala
Las doce en la tosca muestra
Que con rayas han trazado
Sobre el arco de la puérta,
Mas juntas únas que ótras
Pero todas paralelas,
Van entrando várias gentes
Con las caras macilentas.
Dícese que el Rey no viene,
Y que en Africa envenenan
A los hombres, ó á lo menos,
Les trastornan las cabezas
Con una bebida verde,
Que es cocimiento de yerbas;
Y que són las africanas
Lo mismo que las culebras,
Cuya vista no resiste
La mas probada entereza;
Y aún háy quién dice si el moro
Es hombre de otra raléa,
Que con solo un envoltório
Puesto á un quicio, desconcierta
La vida de cualquier hombre,
Y aún en mōnstruo le trastrueca,
Porque saben los embrollos
De la mágia blanca y negra.
Y añaden que háy ejemplares,
Y casos prácticos cuéntan
Y afirman que el Rey Don Sancho

Está hechizado por fuerza;
Pues siempre distancias grandes
Engendros grandes engendran,
Y quién mata el aislamiento
Mata á millones consejas,
Que no háy remedio de brujas
Como correr mucha tierra.

Y cuando se ha divagado
Bastante por la asamblea,
Una voz que se levanta
Por medio de todas ellas
De tal manera sencilla
Pero elocuente se expresa.

«Podrá ser, nobles navarros,
Que háya brujas en la tierra
Si se llama brujería
Padecer muchas flaquezas;
Mas las gentes de Navarra,
Vive Dios, que no flaquean,
Y siempre que es necesario
Su progénie manifiestan.

Hijos sois, y buenos hijos,
De aquel San Juan de la Peña,
Nacidos como áve fénix
De la muerte en las pavesas
Del héroe que preside
Vuestros fastos y proezas;
¡Pardiez, que seáis hoy dignos
Del señor de las Améscuas,
Que es mal hijo y peor padre
Quien de su raza reniega!

Agua abajo también sabe
Cualquier trozo de madera
Caminar; pero es el caso
Conseguir trepar la cuesta,
Que no hay palma ni corona
Sin el triunfo en la peléa.

Y porque nos dan ejemplo
Los anales de estas tierras,
Que se nómbrase aquí un caudillo
Que en justicia nos sienta
Mientras viene de Marruecos
El Monarca que gobierna;
Y en vez de andaros en brujas,
Bandos, ansias y revueltas,
Vosotros los que habláis tanto
Por las calles y plazuelas,
Partid al Africa, presto,
Buscad al Rey, y con flema,
Con dignidad y respeto
Decidle: «La gente nuestra
Anda yá, señor, cual puede
Cuerpo monstruo sin cabeza.
Las llaves de casa ós dímos,
Y mayor preeminencia,
No, para regalo vuestro
Ni pasatiempos ni tretas,
Sinó para ser en todo
Noble ejemplo y firme muestra,
Que no teneis por ventura
Distinta naturaleza.

Las cosas de España quieren
Buen recaudo y asistencia,
Y andan hoy descabaladas
Porque no hacen caso de ellas.
Malas son debilidades
Que se encuentren donde quiera,
Pero salen mas al rostro
Dó se pide fortaleza.
Mirad que la historia escribe,
Cuidad que es puñal la letra,
Y si dan tierra al cadáver
Las acciones no se entierran,
Y en Navarra como en Africa
A juicio las almas llevan.

Yá, señor, el de Castilla
Por nuestros terrenos entra
Y Aragón á su alvedrío
Entra y sale, tala y quema,

Que á mostrencos han echado
Vuestro suelo y vuestra herencia.
Y si Vos no ponéis tasa
A tan razonables quejas
Gentes tales tiene el Reino
Que sabrán hallar cabeza.

Mas, antes de tal extremo
Hasta vós prudentes llegan,
No digeseis algun día
Que pasaron por la vuestra,
Pues prefieren males tantos
Al gran mal de la vileza».

El tumulto que levanta
La razon de tal arenga
Es tanto, que al viejo toman
Y en los hombros le pasean
De los mas robustos jóvenes
Que han hallado en la asamblea;
Pero cuando mas al gozo
Y á su entusiasmo se entregan
El viejo tranquilo dice:

«Bien está que bien parezca
Lo que os digo, nobles hombres
De Navarra; pero cuenta
Que no puede hablar tan alto
Quién de ejemplo no se precia,
Y el camino del mensaje
Es haceros buena muestra.
Pues abusos de los pueblos
Diéron margen á los déspotas».

Penoso fué, por cierto,
Llevar bien aquí la cuenta
De los hechos de Navarra
En el cuento de tal época.

Háy quien al convencimiento
Llegó en tal vía derecha,
Que dió para bien del Reino
Buena parte de su hacienda,
Y á los pies del Juéz nombrado
Generoso fué á ponerla.

En medio de los disturbios
La paz renació mas tierna
Que trocó en lágrimas dulces
Los males y las querellas.

Unos vuelven lo que hubieron
Por reprehensibles maneras,
Otros, jamás avenidos,
En público ya se estrechan
En los brazos, y á su ejemplo
No se vén yá mas quimeras.

Vuelven los hijos perdidos
A hallar su casa paterna,
Reúnense los esposos
Mal separados, y afectan
Los hombres mas depravados
Virtud y honor; noble senda
Que hasta el hombre mas infame
Aun a su pesar respeta.

Pero nada fué mas digno
De admiración, que la prueba
De veneración que dieron
A los navarros las guerras
De Aragón y de Castilla
En circunstancias tan ricias;
Pues á un tiempo abandonando
Tantas conquistas mal hechas,
Volviéronse á sus estados
Confusos en la presencia
De aquel magnánimo pueblo
Ejemplar por su prudencia.

Y dijo el Juéz de Navarra:
«Hijos nobles de esta tierra;
Los que estudian del gobierno
Con buena fé la alta ciencia,
Ni estudian, saben ni aprenden
Si por la virtud no empiezan,
Pues no háy obra sin cimiento
Ni sin base consecuencia.
Que aprendan de esta Navarra,

Y que en vuestro ejemplo aprendan,
Que el mérito ni el respeto
Artificios nunca engendran;
Que la abnegación lo es todo,
La ambición toda miséreas,
Y el pueblo por lo magnánimo,
Se enaltece y se conserva.»

Al número siguiente.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

MI SOMBRERO.

Hé comprado un sombrero de Madrid, que dicen que me está muy bien; y yo lo estoy con él, porque me gusta andar á la sombra. Otro tanto podría decir de la capa en que voy envuelto.

Con que he tomado mi sombrero en las manos y me he dicho, «¡Hé aquí una industria adelantada! ¡bonitísima! ¡magnífico! ¡progresamos!» Esto no admite duda.

Y comencé mi análisis. En primer lugar observé la felpa. ¡Canario y que buena la que gasta mi sombrero! No se puede dar mejor. La felpa es lo principal; sin ella no hay cosa de provecho. Sin embargo, es lo cierto que la felpa se fabrica y se trae de París. La felpa es extranjera.

El forro interior de mi sombrero es bellissimo; pero despues de examinarle, conocí que mi sombrero no es español ni por el forro. ¡Diablo de cosas! El forro es parisién; y lo es igualmente la dorada etiqueta; con que la etiqueta tambien es de por allá!

¿Y la cinta? Quien esté en ella; es decir, en los secretos de la manufactura de las cintas, ¿que diga francamente si es española? Y responderá que la cinta se hizo en Francia; porque saben hacerlas muy buenas, y las están haciendo para todo el mundo que no háy mas que pedir.

Pues de la hebilla no hay que hablar. La hebilla es lo principal de un sombrero y parece que nó. La hebilla es un aparato que sirve para atar cabos: con que, ó á la cabeza ó á ninguna parte. Con todo éso, la hebilla de mi colmena es francesa. ¡Hay cosas que hasta que se ven son increíbles!

Del charól no digo nada; pues siendo charól ya sabemos su procedencia. Y por aquí veo yo que hay refranes que mién-ten que se las pelan. Hoy es oro todo lo que reluce; y nada más que lo que reluce.

Y emboscándome luego por las interioridades de mi sombrero y su pelo de liebre, aún dudé si seria gato, y saqué por consecuencia que desde la goma á la plancha, desde el hornillo al molde, (al del sombrero, nó al mio), sin exceptuar, éntresacar, separar ni hacer salir á parte cosa alguna, todas cuantas confeccionan, aderezan, componen, fórman, constituyen, adornan y engalanan mi sombrero, inclusa su forma, todó es lindo, elegante, y muy cáro, pero extranjero. La fábrica, con todo, y la manufactura se jactan de españolas.

Y quién habla de sombreros habla de cualquiera otra industria.

En seguida me puse á admirar la profunda sabiduría de los economistas que están pelándose las barbas para apurar la verdadera causa de no hallarse un céntimo en España que no esté de viáge; y ví que la cuestión, en efecto, es muy oscura, y los economistas tienen mucha razon al discurrir tanto. ¡Tan negro es el asunto como que es un sombrero!

Un amigo mío me decia. «Desengáñate, querido; ínterin, entretanto y mientras que tengamos en este país sociedades, cájas, bancos y lugares sitios y papeles, en los cuáles pueda imponerse dinero que proporcione al capitál un rédito decente, no pienses que nuestros capitales vayan á la industria, por lo que todas esas asociaciones deben morir á mano airada.»

Y yo respondí: «Desengáñate, Alejo Angelón; si mátas esas sociedades, los capitales españoles, en vez de ir á la industria, se te van á los Bancos de París y de Lóndres como unas flores para conseguir su objeto. ¿No ves que los capitales son siete y el último vale por catorce?»

Mira, Alejo; tú que estás tan enterado en los antecedentes de esta benigna y bienaventurada pátria, sabes mucho mejor

que yo, que entre las muchas visitas que en todos tiempos recibimos de extranjeros (pues éste es viejo asunto), ninguna fué más larga ni llegó á ser más moderna que la de los orientales. Todavía háy quien llora á lágrima viva aquella filípica filipina que mandó á paseo á los hijos de la Arabia; y bien ves que la tierra que llaman de Maria Santísima es lá que aquéllos ins- truyeron á su gusto.

¿Sabes, Angelón, lo que es una jóta? ¿has conocido la sal que se encierra en una cána? ¿has estado en Jeréz para estudiar un jaléo? Pues hágote saber, que mientras éste tenga una memoria, un recuerdo, un suspiro vagante por el espacio; no tú, Angel grande, sino hasta los hijos de Lóndres que vengan á la nación que tiene la glória de poseer una Andalucía, habéis de comprar calañés y faja, y bailaréis que ós las pelaréis; incluso las hembras de ciértas áves grandes, que vinieron de América, que son el simbolo del talento y se comen rellenas por Navidad, y todo el año con trufas.

¡Industria! hijo: tén por sabido que el que bebió la poesía oriental, tambien su altivez característica; las cuales cosas, si no supiesen bien conocer lós que conocerlas débén, se hallarán con que el país en busca de su alimento natural, la novedad y el encanto, dará en declamar, pensar, discurrir y hacerlo todo como hizo mi sombrero. Con lo que nos cubrimos todos y nos vamos á dar una vuélta.

SECCION 4.^a

VARIEDADES.

FLÓRES DEL ÁLMA.

—¿Adónde vés, la niña
De talle esbelto,
La boca de alelíes
Y ojos de cielo?
—¿A dó caminas
Que dás, por lo que vuélas
Al áura envidia?

—¿Por qué tan presurosa
Bájas al valle?,
¿Huyes, acaso, niña,
De ingrato amante?.....
Entonce espera,
Que hallaste por ventura
Quién te defienda.

—No temáis, el buen viejo
De luénga barba,
De cabello nevado,
De hermosas canas;
Mucho os lo estimo,
Pero vuestras ofertas
No necesito;

Que, si vóy presurosa,
Sabéd no huyó
De las alevés manos
De amante alguno;
Voy sólo al vâlle
A buscar florecillas
Con que adornarme.

—Pues si tál búscas, niña,
Te daré flores
Las mas púras y hermosas
Con que te adornes.....
Flores mas lindas
Que el vergél de ese valle
Ofrece y cría.

Son flores ¡ay! que el tiempo
No aféa ó pierde,
Y su olor purifica
Contenta siempre....
¡Linda Zagala!
Que las flores que ofrezco
Son las del álma.

Si las quieres, la niña
De talle esbelto,
La boca de alelíes
Y ojos de cielo,
Serás muy bella,
Pues las flores del álma
Nunca se secan.

J. ONTAÑÓN Y ARIAS.

Nuestro querido amigo D. Tirso de Tejada y Alonso acaba de publicar con el título de «FLÓRES MÚSTIAS» un precioso libro, que lleva un prólogo del Sr. Hartzenbúsch. Es un ramillete de flores. Tirso de Tejada comienza por donde lós más acaban. Mil parabienes al jóven poeta; que, á fé son pocos los que con tanto fundamento pueden darse en estos tiempos. Léan ustedes éso:

En tu casa ayer tu madre
Me preguntó por mis rentas;
La díge que mi trabajo,
Y me señaló la puerta.

Os pintáis el rostro, niñas,
Siéndo el espejo del álma:
Si élla es hermosa de veras
¿A qué la lleváis pintada?

El rico viste de piéles,

El póbre viste de harapos;
Ván trocadas las conciencias
En los vestidos de entrambos.

Yó tuve una paloma
Pura, sin mancha,
A juzgar por sus plumas
Que eran muy blancas;
Y sin embargo
Se fué con los palomos
A picos pardos.

Solucion de la charada del número anterior.

Anda—nada.

CHARADA.

2.^a y 1.^a

Cosa que yá no hacen las géntes y que pertenece á la história antigua.

2.^a; 4.^a dos veces y 5.^a

Grán ciéncia que ha reconstruido mil veces la história de los púeblos.

5.^a y 4.^a

Sirven para jugar, y para juzgar tambien algunas véces, y así van los juicios.

4.^a y 5.^a

Cierta reunión con honores de comédia de magia.

4.^a y 1.^a

Oficio de sacristanes de incensario y de hombres que, al parecer, no són sacristanes: son hermanas carnales del tamborón de Rocinante.

2.^a y 4.^a

Tan buenas para una espada como malas para una lengua.

4.^a y 3.^a

Cierto animal, muy doméstico, capaz de todas las cosas de este mundo y algunas ótras.

EL TODO.

La prueba mas palpable de que por todas partes se vá á Roma: el camino de todos los hombres sin carácter.

Respuéstas á preguntas de este periódico.

¿Cómo entenderemos bien esta palabra CENTRALIZACIÓN?

— Sabiendo lo que significa la palabra *tutela*. La centralización es la tutela que se dá á los púeblos. ¿Cuándo cesa la tutela? Cuando el pupilo es capaz y mayor de edad. Pero esa tutela, y esto es lo más notable, no sólo exige la sumisión del pupilo, sino mas principalmente la sabiduría y celo del tutor. Más valen pupilos cortos de saber que tutores equivocados ó descuidados. ¿Por qué? Porque más sabe el tonto en su casa que el cuerdo en la agena.

Ejémplos hay en la história de púeblos, grandes bajo la tutela de muy absorbentes tutores; porque tales fueron la inteligencia y virtud de éstos, que llegaron á ser capaces de llevar sobre sí tan grave peso. Los que han observado este fenómeno sin profundizarle han llegado á ser extremados apologistas de tal sistema; de la misma manera que otros hombres se entusiasman con ótras épocas, en las cuáles los púeblos sólo han sabido conducirse admirablemente.

El asunto no es de los unos ni de los otros, sino de la mejor observancia del principio de justicia. De todos modos sin la unidad de principios toda apreciacion es imposible. El chico que por calavera huye de la casa paterna es el Hijo Pródigo; los tutores sin miramiento son los de Don Enrique el Doliente. Muy pocas cabezas serán las que puedan y sepan abarcar el conjunto de las cosas de la manera que lo exige la actual cultura del Universo.

¿Cuál es la causa de la decadencia de nuestras sociedades de crédito?

— Que somos principiánte todavía en Europa en este camino; que no acertamos con la verdadera resolución de desencadenarnos de la tiranía del numerario. Aumentar éste con el crédito y haber de conservar en caja al mismo tiempo todo el numerario que el crédito representa es una empresa de magia. Quién sustituirá al dinero? ¿Qué dificultad tiene? La riqueza. Y, ¿cuál es la riqueza? El trabajo. En lugar de acumular, como hace la Inglaterra, barras de oro, sea el trabajo, yá dispensado, ó que se dispense, el solo metal precioso que se reconozca, y el problema será resuelto. ¡Todos los economistas convienen en que el trabajo es la riqueza, y con todo eso colocan la riqueza á los piés del numerario! Esto no se concibe. ¡De modo, que, segun una inflexible lógica, el trabajo no podrá jamás exceder de la cantidad de numerario que exista en el mundo,

ó subirá el dinero á un precio fabuloso! El trabajo el valor verdadero; el papel crédito su representante justo y legítimo, puesto que yá en púeblos muy cultos se ha entrado en la buena senda. Y se hallará la solución.

¿Qué papel corresponde á la España en la sociedad de las naciones?

Parece destinada por la naturaleza á ser la guardadora de la filosofía y de los principios mas bien que la encargada de marchar por la decidida vía de la industria. Una especie de Grecia moderna. La sabiduría de otros púeblos tiene el privilegio de convertirse en numerario inmediatamente; aquí llega el temperamento hasta desdenar el premio del trabajo, por mas que parezca otra cosa. Se ansía tener mucho, para gastar mucho. El gran gastador extranjero es industrial; el de nuestro país es señor como de Oriente, y por esta razon es España uno de los púeblos más lujosos del mundo, mas humildes al imperio de la moda, mas contribuyentes á la producción extranjera. Por eso es tan esencial aquella palabra que en otro día pronunciámos; por eso es tan sublime *chinizarse*. Y cuidado que las cosas chinas son de las mas preciosas del mundo.

¿Qué diferencia hay entre el orgullo y la vanidad?

— El león es orgulloso; el pavo es vano. El hombre león cümple con reconocer que ha recibido del cielo su gran valia y no es suya; el vano no cümple sino yéndose á paséo á hacer la rueda á campo raso. Del verdadero león no hay que esperar jamás pasiones viles.

¿Qué es el tatuage de los salvages?

— Una cosa admirable. Los salvages andan desnudos; se desnudaron ellos; y apenas se desnudaron les puso vestido el pudor instintivo. El *tatuage* consiste en llenarse de rayas y dibujos todo el cuerpo, de manera que desaparece con ellas de un modo admirable la forma humana. Es este un vestido que cubre mucho más que el de los europeos.

Si el tatuage no hubiera existido, es seguro que las tiniéblas del norte se hubiesen extendido á la Oceania.

Cuando el olvido de los deberes naturales llega hasta tal punto, entónces la naturaleza recobra su fuero y viene á cumplir por sí sola las leyes eternas que dejó en olvido la abyeccion.

¿Cuántas veces se ha *tatuado* una época entera de la história! Y el filósofo que discurre por ella, si no vá con la advertencia de ese *tatuage*, corre gran riesgo de caer en lamentables equivocaciones. Los pesimistas, los que no vén más que el mal y la degradacion de la especie humana, harían bien en pensar en la filosofía del *tatuage*.

Preguntas al que quiera responder.

¿Por qué tal y tan grande desarrollo de la inteligencia en nuestros días?

¿Cuál es la verdadera teoría del libre cambio?

¿Cuál es la causa del adelanto material de los púeblos modernos?

¿En qué se funda la popularidad de las comédias de magia?

¿Cuál es la causa de todos los males del hombre?

¿En qué está el mal de la escuela racionalista?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos, —3-2.—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timoteo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Ayellanos, núm. 3-2.º

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martínez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.